

**ACTITUD DE LOS JOVENES ANTE EL TRABAJO:
UNA INTERPRETACION DESDE DATOS DE ENCUESTA**

José R. Torregrosa
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCION

El propósito de esta comunicación es articular algunas reflexiones sobre un conjunto de datos dispersos de encuestas —de varias encuestas— y, de ellos, intentar explorar las actitudes y el significado del trabajo para los jóvenes españoles. Para ello será obligado mantener un estilo descriptivo, aunque la descripción tendrá como hilo conductor el intento de contrastar en qué medida la evidencia empírica disponible, en este caso de datos de encuesta, avala la hipótesis, tan generalizada en los últimos tiempos, de que: como consecuencia de un difusión entre los jóvenes de los valores de la cultura narcisista, hedonista, postmoderna, o postmaterialista, ha perdido importancia el valor subjetivo del trabajo, expresando esta constelación de experiencia, esta nueva subjetividad, un disolución de la ética (¿protestante?) tradicional del trabajo.

Una averiguación cabal de esta afirmación requeriría una indagación histórica que precisase en qué ha consistido esa ética tradicional del trabajo entre nosotros, para mostrar cómo se desvían de ella las orientaciones hacia el trabajo de las nuevas generaciones. Sin necesidad, no obstante, de llevar a cabo tal indagación, se puede señalar, como lo ha hecho Beltrán¹, que difícilmente puede haberse producido entre nuestros jóvenes una pérdida de la ética calvinista del trabajo cuando en la historia española no ha existido, de modo apreciable, ningún desarrollo del protestantismo.

Ahora bien, si con esta hipótesis lo que quiere decirse es que como consecuencia de las transformaciones sociales y económicas que se han producido en las últimas décadas en las sociedades occidentales, se ha llegado a una cobertura de las necesidades individuales básicas, que hace posible la emergencia de necesidades de orden «superior», y que por lo que al trabajo se refiere esto supondría una reorientación hacia los aspectos más

¹ M. BELTRÁN VILLALBA: «La subcultura juvenil», en *Juventud Española* 1960/1982. Ed. S. M. Madrid, 1984.

compatibles con la realización personal, tal como lo hace Inglehart², entonces parece que tal hipótesis, desprovista de sus connotaciones teológico-culturales, sería más aplicable a nuestro contexto.

En cualquier caso, lo que va implicado en esta hipótesis es la idea de que el trabajo ha dejado de ser un valor en sí mismo, capaz de dar sentido a la existencia personal, y que su aceptación se produce sólo en tanto que instrumento para la satisfacción de otras necesidades personales o familiares. Esto se traduciría en una pérdida de importancia subjetiva del trabajo, es decir, en una menor centralidad, en una desidentificación o desapego respecto del sentido moral que el trabajo tenía en el pasado. El sentimiento de que el trabajo es una obligación tendería así a desvanecerse. De igual modo tendería a producirse una disyunción o alejamiento entre lo que la persona considera su propia identidad y su trabajo. En realidad esta hipótesis viene a formular, de modo resumido, algunos contenidos que los movimientos y subculturas juveniles de los últimos 30 años han expresado en sus valores, experiencia y comportamiento: un rechazo de los valores en que se asienta la sociedad capitalista, una resistencia a dejarse atrapar en los últimos engranajes de la lógica de la racionalidad instrumental, en una búsqueda de otras vías del llegar a ser.

Racionero, brillante intérprete del significado de esos movimientos, señala que una aspiración común a todos ellos ha sido el ocio. «El problema del ocio se nos aparece, como central en la crisis estructural de nuestro tiempo. En este sentido, es significativa la unanimidad por la idolatría del trabajo entre marxistas y utilitarios... Como si el puritanismo de la Biblia pesara aún sobre marxistas y cristianos, el reino indiscutido del trabajo por el trabajo se extiende a todos los países industriales»³.

Pero la alternativa al trabajo por el trabajo no es el ocio, como propone Racionero, sino el trabajo con sentido, la actividad significativa, individual y colectivamente.

EXPECTATIVAS DE EMPLEO

Pero mientras tanto..., mientras ese horizonte de actividad significativa se hace posible, la crisis económica y sus consecuencias establecen el

² R. INGLEHART: *The Silent Revolution*. Princenton University Press. N. J., 1977.

³ L. RACIONERO: *Del paro al ocio*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1983, p. 96.

marco concreto en que los jóvenes tienen que orientarse. Sus actitudes hacia el trabajo, como hacia otras cosas, se verán profundamente influidas por ese marco de cuyas dificultades son conscientes. Perciben correctamente los problemas con que van a encontrarse a la hora de intentar entrar en el mercado de trabajo, como así lo ponen de manifiesto los datos de varios estudios. En la encuesta de la juventud española del 82, un 76 por 100 de los estudiantes de la muestra (2228) declara que va a tener muchas o bastantes dificultades para colocarse al acabar los estudios⁴. En una muestra de universitarios del último curso, entrevistados en 1983 (N = 353), esa proporción era del 68,5 por 100⁵. Y en dos muestras representativas de la juventud madrileña, una de 1982 y otra de 1985⁶, el problema que mencionan mayoritariamente como más acuciante para sus vidas es el de encontrar trabajo. La percepción de esas dificultades se ha hecho más frecuente en las respuestas de los jóvenes a medida que ha ido aumentando la tasa de desempleo a lo largo de la última década.

IMPORTANCIA Y VALORACION DEL TRABAJO

En el contexto, pues, de las dificultades reales, percibidas y esperadas, para encontrar trabajo, veamos las respuestas a preguntas de distintos estudios que pueden servir de indicador de la importancia y valoración que hacen los jóvenes del trabajo.

En el estudio sobre la juventud madrileña a que antes me he referido, realizado por el equipo EDIS, se pregunta a los jóvenes el grado de acuerdo o desacuerdo con una serie de ítems supuestamente indicativos de ciertos rasgos o valores. Uno de esos ítems dice así: «El trabajo y el esfuerzo son importantes, son un valor». Tanto en 1982 como en 1985 obtiene dicho ítem el porcentaje más elevado de acuerdos, un 78,6 por 100 y un 87,2 por 100, respectivamente, lo que no sólo parece indicar una alta valoración en ambos casos del trabajo, sino un incremento de esa valoración de casi 10 puntos en tres años. Bien es verdad que también recibe una alta proporción de acuerdos el siguiente ítem: «Lo más importante es gozar y disfrutar el presente», con un 69,3 por 100 en 1982

⁴ J. J. TOHARIA CORTES y M. GARCÍA FERRANDO: *Encuesta de la Juventud Española 1982*. Ministerio de Cultura. Madrid, 1982, p. 75.

⁵ J. DOMÍNGUEZ LAPEÑA: *Expectativas de empleo e identidad personal en la juventud universitaria*. Memoria de licenciatura. F. de C. C. P. P. y Soc. Madrid, 1983, p. 191.

⁶ Equipo EDIS: *La Juventud de Madrid, 1985*. Ayuntamiento de Madrid, 1985, p. 132.

y un 82 por 100 en 1985, que expresaría esa tendencia hedonista y vitalista tan señalada por los estudiosos de la juventud actual⁷. Pero, en principio, no veo por qué una actitud vitalista y hedonista tiene que ser contradictoria con una valoración y actitud positivas hacia el trabajo. En cualquier caso, lo que no parece desprenderse de esas respuestas es una pérdida de importancia del trabajo en las actitudes de la juventud.

En otro estudio sobre la juventud de Madrid, realizado por el CIS en 1984, se preguntaba a una muestra representativa de jóvenes (N = 973): «Si estuvieras parado. ¿qué preferirías: cobrar el seguro de desempleo o ganar el mismo dinero trabajando en cualquier cosa?» Un 88 por 100 responde que seguiría trabajando. En otra pregunta de este mismo estudio sobre si «seguiría trabajando, caso que le tocara la lotería», un 62 por 100 responde que sí, frente a un 30 por 100 que dice que no. Los redactores del informe de este estudio concluyen: «Los jóvenes prefieren trabajar a cobrar desempleo, o vivir a costa de un golpe de fortuna; (prefieren) la riqueza más que el prestigio; y el tiempo libre más que el prestigio, o que el dinero y la seguridad cara al futuro»⁸.

Es claro que resulta difícil saber a ciencia cierta qué significan respuestas de esta índole. Pero sí cabe inferir, por lo menos, que en el modo de concebir los jóvenes el trabajo, esperan algo más que recompensas económicas, y que por muchos reparos que pudieran ponerse al trabajo, peor consideran estar parados, incluso cobrando lo mismo que trabajando. Por otra parte ese 30 por 100 de los que dicen que no seguirían trabajando, caso de que les tocara la lotería, podría ser interpretado como que el sentimiento de la obligación de que hay que trabajar se está relajando, en línea con esa supuesta disolución de la ética (¿protestante?) tradicional del trabajo. Pero más bien creo que se trata de la pervivencia de una creencia tradicional de nuestra sociedad sobre la intervención de la suerte en el éxito en la vida.

En cualquier caso, me parece que lo que resulta interesante subrayar en esos datos es su consistencia con los de las dos muestras anteriores: todos ellos revelan una actitud mayoritariamente positiva hacia el trabajo por parte de los jóvenes madrileños. Actitud que no sólo se basa en la expectativa de la recompensa económica.

En la misma dirección apuntan las respuestas de los universitarios a una escala de actitudes hacia el trabajo. El 92 por 100 de la muestra

⁷ EDIS: *Ibid.*, p. 26.

⁸ CIS: *Revista Española de Investigación Social*, n.º 26, 1984, pp. 273-308.

antes mencionada de estudiantes de quinto curso están en desacuerdo con «aquéllos que creen que el trabajo no tiene ningún valor». Resultados similares se constatan en un estudio exploratorio del INCIE con estudiantes de último curso de facultades y de formación profesional (N = 203)⁹. Y cuando se aplica la escala de Warr sobre implicación en el trabajo a muestras de jóvenes, éstos exhiben altas puntuaciones en las mismas, lo que indica centralidad o importancia psicológica del trabajo. Sobre una puntuación máxima de 30, se observan medias de alrededor de 25 (N = 232 y 350)¹⁰.

En la medida, pues, en que quepa considerar estos datos como válidos creo que expresan en su conjunto una pauta clara: el trabajo sigue siendo valorado positivamente y como central para la persona entre los jóvenes españoles.

PREOCUPACION POR EL EMPLEO Y EL PUESTO DE TRABAJO

En las preguntas e ítems que he utilizado hasta ahora como indicadores de la importancia y centralidad del trabajo, se hace referencia a éste en términos generales. El acuerdo con algunos de esos ítems puede ser interpretado también como adhesión convencional y acrítica a lo que se percibe como una norma social: el valor del trabajo. Ahora bien, me resisto a pensar que esa convergencia en los datos de distintos estudios sea simplemente un artificio o una insuficiencia de los instrumentos de observación. Me parece más plausible suponer que los jóvenes de hoy, como sus padres, siguen adscribiendo de modo generalizado al trabajo un papel importante en sus vidas. Otra cosa es el acento diferente que pueden poner en los distintos aspectos o condiciones del trabajo.

Esta importancia y centralidad se manifiesta igualmente cuando se habla más en concreto de empleo o puesto de trabajo. Aquí, de nuevo, es claro que el hecho de la masiva desocupación juvenil es el trasfondo de las respuestas de los jóvenes. En la encuesta de la juventud española, 1982, se preguntaba a los estudiantes de la muestra (2.228) si «¿en caso de poder elegir, preferiría un buen empleo o seguir estudiando?» Pues bien, un 59 por 100 de los estudiantes dicen que dejarían los estudios por un buen empleo, mientras que un 38 por 100, que seguiría estudiando. Esas cifras, en 1977, eran prácticamente a la inversa; es decir

⁹ P. JUAREZ; M. ROS y M. VÁZQUEZ: *Actitudes y valores de los jóvenes ante el trabajo*. M. E. Madrid, 1982.

¹⁰ J. L. ALVARO: Investigación no publicada.

un 36 por 100 dejaría los estudios por el empleo y un 59 por 100 seguirían estudiando (2.216)¹¹.

Esta preocupación por el empleo aparece igualmente generalizada en un estudio sobre la adolescencia vasca escolarizada, realizada por el Departamento de Psicología Social de la Universidad del País Vasco en 1986 (N = 3.010, 14-18 años). Un 76,2 por 100 de los adolescentes vascos dicen estar de acuerdo «en que les interesa conocer la situación actual del mercado de trabajo a la hora de hacer sus proyectos vitales». Un consenso todavía más elevado se produce en torno a la opinión sobre las consecuencias negativas de la falta del trabajo: un 94 por 100 de los adolescentes vascos creen que «la falta de trabajo puede generar violencia, drogodependencia, etcétera».

Un sentimiento análogo, aunque probablemente más radical, emerge de las respuestas a la encuesta sobre la juventud vasca de 1986 (N = 2.030, 15-29 años). La importancia que los jóvenes vascos dan al puesto de trabajo podría inferirse desde su disposición a legitimar el uso de ciertos medios, como la violencia física, para su consecución. Preguntados en qué circunstancias tenderían a justificar el uso de la violencia física, la alternativa de respuesta más frecuente fue la siguiente: «Si no se tiene trabajo organizarse en un grupo, cuyos objetivos sean transformar radicalmente la sociedad, por la violencia si es preciso, para que todos puedan tener un puesto de trabajo». Nada menos que un 30,2 por 100 tendería a justificar la violencia física en este caso. Mientras que «para preservar la identidad de Euskadi (o la unidad de España, según de donde se mire)», sólo justificarían el uso de la violencia física un 8,7 por 100 de los jóvenes vascos. La necesidad del puesto de trabajo, pues, parece desencadenar un radicalismo más generalizado (por lo menos en el plano de las opiniones) en la juventud vasca que el nacionalismo. Y ello se produce incluso entre los que votarían las opciones nacionalistas. Así, mientras que entre los potenciales votantes del Partido Nacionalista Vasco un 22 por 100 tendería a justificar la violencia física «para transformar la sociedad y conseguir puestos de trabajo para todos», sólo el 3,7 por 100 lo haría cuando se tratase de «preservar la identidad de Euskadi». Para los votantes de Herri Batasuna esos porcentajes son del 55,1 y del 37,2 por 100 respectivamente. Si tenemos en cuenta la extendida disposición a la reivindicación nacional que se trasluce en las opiniones y actitudes de la juventud vasca, esas diferencias resultan tanto más significativas.

¹¹ M. BELTRÁN: *Ibid.*, p. 188.

Desde estos resultados, pues, resulta también difícil no concluir que la preocupación por el trabajo resulta central en los jóvenes españoles. La disponibilidad de los jóvenes parados a trabajar en cualquier cosa, como demuestran varios estudios, abundaría en la misma dirección.

DIMENSIONES PERCIBIDAS COMO IMPORTANTES PARA UN BUEN TRABAJO

Es obvio que todo trabajo puede concebirse en términos de un conjunto de condiciones y características que lo hagan más o menos atractivo y/o satisfactorio. Los psicólogos del trabajo han distinguido entre factores intrínsecos (que sea significativo, estimulante, de cierta complejidad, variedad, autonomía, responsabilidad, etc.) y factores extrínsecos (salario, seguridad, buenas relaciones interpersonales, etc.).

Pues bien, cabe preguntarse en qué medida los jóvenes españoles en su conjunto exhiben alguna pauta significativa en sus preferencias por las distintas dimensiones desde las que cabe evaluar un trabajo.

Beltrán nos proporciona unas comparaciones interesantes sobre las cuatro características más preferidas en un trabajo por la juventud española en 1975, 1977 y 1982.

| JUVENTUD ESPAÑOLA | | JUVENTUD VASCA | |
|-----------------------|----------------------|----------------------|-----------------------|
| 1975 | 1977 | 1982 | 1986 |
| Interesante y variado | Buen ambiente | Empleo seguro | Agradables compañeros |
| Que se gane bastante | Formación/ Aprender | Buen Ambiente | Seguridad empleo |
| Empleo seguro | Empleo seguro | Que se gane bastante | Buenos ingresos |
| Promoción y ascenso | Que se gane bastante | Formación/ Aprender | Trabajo interesante |

(Fuentes: Beltrán, *ibid.*, p.186; y Estudio Juventud Vasca, 1986).

En ellas cabe observar dos cosas fundamentalmente: un ascenso al primer lugar de la dimensión seguridad en el empleo y la ausencia de menciones, en 1977 y 1982, a factores intrínsecos. Que el acento en la seguridad pase a primer plano se explica por la crisis económica, y el valor que tradicionalmente se ha conferido en la sociedad española al trabajo seguro o fijo (precisamente por su escasez). Lo que no veo claro es su minimización de los factores intrínsecos. El acento en las «posibilidades de formarse y aprender», tanto en las muestras de 1977 como de 1982, parece apuntar claramente a un interés por el trabajo en sí mismo. Sobre todo, desde la perspectiva de los jóvenes, que no tienen aún una identidad profesional definitiva. Y la dimensión «iniciativa y responsabilidad», un factor intrínseco es mencionado por los entrevistados de 1982 con una diferencia irrelevante (de un punto porcentual) respecto de los otros factores que se incluyen en la comparación.

Los resultados en una pregunta semejante hecha a la juventud vasca en la encuesta a la que antes me he referido parecen avalar esa interpretación. Una dimensión extrínseca, «agradables compañeros de trabajo», es la mencionada con mayor frecuencia (66 por 100) seguida de «seguridad en el empleo» (53 por 100) y «buenos ingresos» (53 por 100); en cuarto lugar, «trabajo interesante» (49 por 100). Otras categorías intrínsecas tales como «que se pueda utilizar la iniciativa» reciben también importante adhesión (42 por 100).

Cuando de datos tan globales pasamos a muestras más específicas, como de estudiantes universitarios, entonces comprobamos que las dimensiones más elegidas son precisamente las intrínsecas. Así, creo que puede afirmarse, siguiendo el Informe del INCIE, que para los universitarios los valores hacia el trabajo se centran «en una orientación positiva hacia el trabajo bien hecho, en considerar el trabajo como una forma de integrarse en la sociedad, y en la independencia en el trabajo»¹², mostrando en conjunto un rechazo hacia posiciones tales como que el trabajo no tiene ningún valor, o en considerarlo sólo como instrumental. Estas apreciaciones están basadas en una muestra pequeña y no representativa. Pero coinciden sustancialmente con las del estudio citado anteriormente, también de universitarios, con una muestra mayor¹³. Obviamente toda la juventud no es universitaria, ni esos estudios son representativos de los universitarios. Pero si se consideran esos datos con detenimiento —incluidos los procedimientos de observación— no

¹² P. JUAREZ y otros: *Ibid.*, p. 90.

¹³ J. DOMÍNGUEZ LAPEÑA: *Ibid.*, pp. 200-201.

resultan tan contradictorios como pudiera parecer con los obtenidos para muestras más generales. En ellas aparecen respuestas que si bien parecen tener más presente los factores extrínsecos (instrumentales, relaciones interpersonales, etc.), no dejan de mencionar los que suponen una valoración intrínseca en el trabajo.

Dadas las condiciones socioeconómicas de la última década, la mayor preocupación por los aspectos instrumentales —por la posibilidad misma de encontrar un trabajo— es de esperar. Pero ello no implica necesariamente una pérdida de importancia o desvalorización del trabajo en cuanto tal. En la medida en que se puede hablar de un nueva ética del trabajo, no creo que eso implique una pérdida de importancia del mismo para los jóvenes. La no aceptación de una moral compulsiva del trabajo, el rechazo de una disciplina autoritaria; la aspiración a unas buenas relaciones con el grupo de trabajo, la búsqueda de autonomía y libertad; la exigencia de participación, y la oposición, desde valores alternativos, a formas enajenantes de la organización del trabajo, es posible que formen parte de la así llamada nueva ética del trabajo. Pero ni excluyen un genuino interés por éste, ni parece que esa ética sea tan nueva.

A MODO DE CONCLUSION

A la vista de los datos y consideraciones que anteceden, por tanto no puede decirse que se haya producido una desvalorización o pérdida de importancia subjetiva del trabajo entre los jóvenes españoles. Más bien, parece que, por el contrario, lo que se ha producido es una revalorización del mismo. Una revalorización instrumental en primer lugar, es cierto; pero que también aspira a ser expresiva e integrativa.

Esa revalorización instrumental es congruente con la situación real, anticipada o temida de paro, y de la pervivencia de los valores y actitudes de los padres. La revalorización integrativa y expresiva sería congruente con las incertidumbres generadas por los rápidos cambios tecnológicos, la difusión de los valores de los movimientos juveniles (grupalidad, intimismo, autoexpresión, etc.), con las presiones culturales hacia una democratización de los contextos de trabajo, la conciencia generalizada sobre la necesidad de avanzar hacia una mejor calidad de vida en el trabajo, etc. A medida que la extensión de la educación formal y de mayor anticipación cultural ha ido elevando los niveles de aspiración personal y, por tanto, de necesidades más cognoscitivas y estéticas, esas exigencias han sido trasladadas a todas las esferas de activi-

dad, incluida la del trabajo. En la medida en que éste mantenga su organización tradicional, habrá un rechazo y una crítica del mismo. Pero eso no es una desvalorización del trabajo. Eso es una crítica de la forma en que está socialmente organizado, es decir, una crítica de la sociedad y de algunos de los valores que presiden su funcionamiento.

La crisis económica pone el contrapunto a esas exigencias, llevando a primer plano las funciones instrumentales del trabajo. Lo primero es tener trabajo; después, que dicho trabajo sea lo mejor posible. Y todo ello en la conciencia de que el trabajo es uno de los ejes centrales en el destino personal; en la percepción realista de que el trabajo le permitirá una cierta independencia económica y ésta la posibilidad de un cierto grado de independencia psicológica. Es esta necesidad psicológica de construirse una identidad la que confiere al trabajo ese carácter central.

Mientras las sociedades sigan imponiendo el valor de cambio de la actividad personal como modo de subsistencia, reconocimiento e, incluso, como legitimación de la dignidad y valor diferenciales de la persona, es muy difícil no seguir pensando que el trabajo seguirá constituyendo una dimensión fundamental de la identidad social y, por tanto, personal. De ahí, precisamente, los efectos del paro.

Por supuesto que el bosquejo presentado es muy global, y que incluso es muy arriesgado hablar de juventud española en general. Hay muchas juventudes y cada una de ellas tiene una situación y problemática específicas. Sus actitudes hacia el trabajo estarán en función de esa situación y de esos problemas. Pero en la medida que es lícito hablar de colectivos tan amplios creo que, en lo que se refiere al trabajo, las interpretaciones que hemos avanzado sobre los datos de encuesta son correctas. Observaciones en el mismo sentido, con las mismas implicaciones teóricas, han sido hechas recientemente por Jorge Vala¹⁴ y María Luisa Lima¹⁵ para la juventud portuguesa, y Ruiz Quintanilla en un amplio estudio comparativo¹⁶.

¹⁴ J. VALA: «Identidade e valores da juventude portuguesa ume abordagem exploratoria». *Desenvolvimento*. Mayo, 1986, pp. 17-28.

¹⁵ L. LIMA y P. SILVA: «Os jovens, o trabalho e a escola». *Desenvolvimento*. Mayo, 1986, pp. 165-186.

¹⁶ S. A. RUIZ QUINTANILLA: «Work related values of the young: Findings from an Eight Nations Comparison». Simposio de Toledo, 1986.